



LAS CASAS ⁽¹⁾

J. Torres García—pintor y ensayista catalán—ha publicado un breve libro en el que resume su concepción estética. Torres García pertenece á la nueva escuela de arte. ¿La nueva escuela? Pero ¿qué escuela es esa? Hemos dicho mal; nos hemos expresado inexactamente. Al hablar de nueva escuela con relación á un pintor determinado, hemos querido decir que tal artista, sin desligarse de la tradición—cosa que sería absurda—, pretende ver la realidad, ni más ni menos que hicieron los clásicos, con un criterio libre y personal. Es necesaria esta aclaración para que no se llenen de escándalo algunos terribles guardadores de la tradición. (¿Qué tradición?) Lo que se dice de la pintura puede decirse del arte literario. Casticismo, sí; entronque con la corriente regular, sí; armonización del artista con el medio y con la raza, sí. Pero al mismo tiempo, nobles amigos, independencia en el pensamiento, libertad en el juicio, personalidad en la ejecución, desembarazo para circular por entre el acervo de lo sancionado y lo clásico.

Torres García, en su libro, lindamente impreso, habla de una porción de cuestiones estéticas. Nada más interesante que un artista hablando de su arte ó de otros grandes artistas. Recordamos, entre los románticos, el *Diario*, de Lacroix, y entre los impresionistas, los *Paseos por el Louvre*, de Raffaelli. Torres García imprime en cuanto dice una nota personal, honda, original; bien harían nuestros pintores en leer este librito, titulado *Notas sobre arte*. No nos proponemos ahora examinar la estética del pintor catalán; uno de los capítulos de su obra va á darnos pie para algunas determinadas consideraciones. Queremos hablar del arte de la casa; á tal tema dedica Torres García unas páginas: "La decoración en las casas.". La casa es el más seguro indicio (en lo material) de la cultura genérica de

(1) Reproducimos hoy este artículo de Azorín, publicado en *ABC* hace algún tiempo. Espíritu sutil y refinado como pocos de la España actual, Azorín ha creado una nueva sensibilidad en la apreciación del paisaje, de las ciudades, de los hombres, de todo lo que constituye la vida española.

un pueblo. ¿Cómo son los interiores en Holanda, en Italia, en Inglaterra? Y ¿cómo son en España? Dentro de España, ¿cómo son en Castilla, en Cataluña y en Andalucía? Hay algo más que preguntar: cuando queramos saber cómo es un pueblo, aparte de los interiores domésticos, tendremos que ver y escudriñar los edificios oficiales, los edificios de todos, los edificios en que se desenvuelve la vida del Estado. Al escribir estas últimas líneas, vamos contemplando en la imaginación los altos Centros burocráticos de España. Salvo en alguno, ¡qué suciedad y destartalamiento tan formidables!

Mas dejemos esto; sería cosa larga el escribir sobre ello. Nuestro autor, hablando de las casas escribe: "La pésima decoración de nuestras casas es, pues, un sólo detalle de un conjunto de cosas que se hallan en el peor estado". Un interior, en efecto, resume y compendia un estado general de cosas. No se trata ya de la decoración de la casa, sino de la misma construcción y de la distribución de las estancias y habitaciones. Lo que Torres García dice de Cataluña se puede repetir de Castilla. En Madrid seguimos viviendo en tiempos de Larra. ¿Quién no recuerda el artículo "Las casas nuevas", del gran satírico? "Los caseros—decía Larra—, más que el interés público consultan el suyo propio. *Aprovechemos terreno*, ese es su principio. *Apiñemos gente en estas diligencias paradas y vivan todos como de viaje*. Cada habitación es en el día un baul en que están las personas empaquetadas de pie y las cosas en la posición que requiere su naturaleza; tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría bajar junto sin romperse". Tal es el tipo de la inmensa mayoría de las casas ciudadanas en España. Transcurrirán muchos años antes de que se llegue á la vivienda medio higiénica, cómoda y elegante. Pero ¿y en las casas ricas, en las casas de la alta burguesía, en las casas de gente que tiene holgura y medios para disponer en ellas á su talante? ¿De qué manera están dispuestas esas casas? Rara es la casa de alta burguesía ó de aristocracia en que haya buen gusto, orden y sencillez. A una causa esencial achaca Torres García esta ausencia de arte y de regularidad en los interiores: á la falta de tradición. ¿Hay en Castilla también á este respecto falta de tradición? ¿Tenemos una tradición en mueblaje, decoración, disposición general de la vivienda? En cuanto á muebles, nobles, severos, elegantes, muebles hemos tenido; no hace mucho se celebró en Madrid una exposición de ellos. La disposición de la vieja casa manchega, (la casa de toda la España central), cómoda y elegante es. Señoril se muestra el patio con galerías y columnas, y espaciosa y aireada son las salas que dan á la calle ó tal vez á un jardín ó huerto. Pero la tradición de sencillez—un poco austera—, de nobleza, de dignidad, ha ido perdiéndose poco á poco. No podremos afirmar que en la casa antigua española hubiera un perfecto acuerdo de tonos, de colores, de formas, tal como hoy lo entendemos; pero el hecho es que la nota dominante que ha llegado hasta nosotros (un poco influidos por la literatura y la pintura), es esta de la sobriedad y de la nobleza.

Hoy las cosas marchan de otro modo... ó al menos así nos lo figuramos. Nos figuramos que las cosas, en la estética doméstica, se han desviado de su marcha antigua. (Probablemente, en los siglos XV, XVI y XVII habría interiores tan incongruentes y chabacanos como los actuales). Como en el traje, como en la conversación, como en el estilo epistolar, como en el literario—si se trata de un es-

critor—, pocos, muy pocos son los que á la riqueza, á la ostentación, á la profusión, al amontonamiento fastuoso prefieren la sencillez, la simplicidad. ¿Cuántos son los capaces de ver un antagonismo desagradable de trozos entre los colores de un tapiz y los de las paredes? ¿Quién se contentará con un solo y bello cuadro—un paisaje de Beruete, por ejemplo—, en toda la extensión de un muro, un cuadro sólo, sin vecindades contradictorias, que viva y aliente con nosotros, en nuestras horas de pesar y en nuestros ratos de satisfacción? Y ¿á quién le satisfarán más unas excelentes fotografías de pintores famosos que unos óleos de pintores mediocres?

No hay cátedras en que se enseñen el buen gusto y la sencillez domésticas. Cualidades son éstas que se desprenden del ambiente general de un pueblo. Séanos permitido señalar en España una institución—la libre enseñanza—que desde hace muchos años viene trabajando en este sentido. Un observador de la vida española podría notar cómo la influencia de este Instituto se va traduciendo en mil diversas gratas manifestaciones. La labor es lenta y penosa, pero la semilla ha fructificado y la influencia de un núcleo ya numeroso puede extenderse, se extenderá en un radio de acción más amplio. Y todo esto son las maneras simples, la palabra sobria, la veracidad, la sinceridad, la casa ordenada, el silencio—el maravilloso silencio de que hablaba Cervantes—, el traje sencillo y limpio, el libro que se imprime elegantemente...

AZORÍN.

(Dibujo del arquitecto Sr. Guimón.)

